

las olas; Muriet se aproximó á Norina sin que nadie lo notase y se apoderó de una mano que reposaba en la arena.

—He venido por vos—le dijo en voz baja. La joven parecía no haber oído; su mano quedó como muerta. El arquitecto deslizó sus dedos hasta la muñeca de la niña, la cual no oponía á ello la menor resistencia; y la noche se esparcía tranquila cubriendo el Océano.

VIII

¿Quién, ocho días más tarde, llamaba, de prisa y contento, á la puerta de Breteuil?

Justino Lignón.

Había salido la víspera, en el último tren, y llegado á esa hora temprana en que termina el dulce reposo de las estaciones férreas, y empieza en ellas el habitual movimiento del día.

Errando al azar, con la maleta en la mano, se había acercado á varias casas sin encontrar asilo en ninguna; por fin, se oyó dar las ocho, en el momento en que ante él se abría una habitación regular, encima de una tienda de la que salía un fuerte olor á pesca salada.

Quitóse el polvo del camino, se arregló un poco, y sin tratar de conciliar el sueño, pues no vino para dormir, se encaminó hacia la playa; se introdujo en el agua, que se le antojó horriblemente fría; pero ¡ay! dolorosa sorpresa. ¡En las glaciales olas no parecía Norina!

¡Lignón emprendió su viaje para ver á Norina en seguida, para embriagarse con su encantadora pre-

sencia, para hablarla á solas, y ella, á las diez de la mañana, no se hallaba aún en el baño!

Justino era hombre decidido. Volvióse á vestir y emprendió, acto seguido, el camino de la morada de Breteuil.

Otro se hubiera preguntado cómo le recibirían, porque al fin y al cabo, no tenía con aquella familia más que una amistad muy reciente y exenta de toda confianza; pero la intimidad vendría con el tiempo, en esto no cabía duda.

Fué acogido con gran asombro: Norina, que cuando él entró leía los diarios á su protectora, al verlo cometió una ligera falta contra su inocencia, se ruborizó. Sus ojos, purísimos, contemplaron con aire de sorpresa el recién llegado, sorpresa que eclipsó un tanto al imprudente azoramiento del momento; y luego la niña se retiró al comedor.

—¿A dónde vas?—le preguntó la anciana, que no era partidaria de confianzas, en ayunas.

—A la cocina, mi buena amiga;—repuso la interpelada.

Y desapareció.

—¿Cómo por aquí, tan de mañana?—dijo la dueña de la casa, no sabiendo, en realidad, por dónde iniciar una conversación que no tenía razón de ser.

Lignón estalló como una bomba, y supasión, aumentada por una ausencia de quince días, se desbordó propagándose por todas partes.

—He venido—contestó con una energía que asombró á la señora, que nunca le había visto tan excitado.—He venido á deciros que la adoro, sí, ¡la adoro!—repetía con creciente frenesí, temeroso de no manifestar bien sus ideas.—¡Es el encanto, es la inocencia, es la pureza divina! ¡Es el ángel que he soñado y

que parece imposible encontrarlo! La he conocido y será mía. Decid, señora, ¿me la rehusaréis?

Puesta ya en guardia por las amonestaciones de la de Anglois, y algo inquieta por el recuerdo de Muriet, la señora de Breteuil tocó la cuerda más sensible:

—¿De manera que—dijo—os queréis casar con Norina?

—¡Casarme, sí! Quiero ver en mi hogar á esa divina criatura; ser todo pará ella, como ella lo será para mí... ¿Creéis que me la concederán?

La virtuosa señora no tenía la menor duda de que accederían los de Guerbois á la petición de Justino.

Cuando no se posee capital que poder ofrecer á una hija, se considera como gran suerte el desembarazarse de ella, en honor de quien gana cuatro ó cinco mil francos anuales.

Pero la protectora de Norina no se creía con derecho á manifestar esa opinión y se limitó á contestar:

—¿Cómo queréis, mi buen amigo, que yo lo sepa? Presumo que los padres de la niña tomarán referencias sobre vuestra conducta, y, si son satisfactorias, supongo que no opondrán objeciones inútiles...

—Pueden dirigirse á la casa Corroyeur—exclamó Lignón, cada vez más entusiasmado.—Daré direcciones, conozco personas de buena sociedad, y, además, todo el mundo sabe que soy un hombre honrado. No debo nada á nadie, lo cual es una consideración digna de tenerse en cuenta en época que, como ahora, hay muchos que se casan únicamente para poder pagar sus deudas.

Continuó exponiendo las cualidades que creía dignas del caso; la respetable anciana apenas le escuchaba, meditando sobre la responsabilidad que contraía; y aprovechando el primer momento en que Justino se

detenía para tomar aliento, dijo algo contrariada:

—Pero, amigo mío, ¿por qué no habéis esperado nuestro regreso á París, para decirme todo eso? ¿Pensáis quedaros en Dieppe?

—Tengo quince días de vacaciones y quiero aprovecharlos para ver á esa adorable niña.

—¡Oh! ¡no!—dijo con resolución la buena señora.—No intentéis permanecer quince días contemplando á esa niñita, sin que yo sepa que sus padres lo aprueban.

Id de nuevo á París para solicitar de los señores Guerbois lo que á mí me pedís, y cuando tengáis su autorización, volved aquí.

—¡Oh, señora!—exclamó Lignón—si vos no intercedéis no tengo esperanza de conseguirlo. Sólo vos podéis defender mi causa, con buen resultado...

En medio de todo, Justino tenía razón.

—Pues bien, dejadme tiempo para informarme, y escribiré—dijo para terminar la de Breteuil, á la cual cierto malestar en el estómago le recordaba que había pasado con exceso la hora del almuerzo.

—¡Oh, señora! Daos prisa—suplicó el impetuoso joven.

—Sí; pero uno se casa para toda la vida—observó con alguna impaciencia la señora—lo menos que puedo hacer, es reflexionar varias semanas.

—¡Varias semanas! ¡De ninguna manera!

—Y, sin embargo, será necesario. En espera de una solución, comprenderéis, caballero, que «el que dirás» me impide recibirlos aquí.

Lignón dejó ver una cara tan triste, que la anciana se arrepintió de haber dicho lo que acababa de manifestar.

—No obstante, podéis vivir en Dieppe, eso no lo puedo yo evitar; pero os suplico que seáis comedido

en vuestra conducta. Que nadie en el mundo pueda suponer el verdadero motivo de vuestra estancia en esta ciudad.

—No os inquietéis, querida señora, soy hombre de mundo, y sé lo que se debe á las conveniencias sociales. ¡Qué buena sois! ¡Dios mío, qué buena sois!

Y se precipitó sobre las manos de la señora de Breteuil cubriéndolas de besos; después se retiró, acompañado hasta la puerta por la señora, que tenía un vago deseo de asegurarse de que no besaría á Norina en la antecámara.

En el momento en que aparecieron en la puerta, la joven salió por la de la cocina, sosteniendo con sus manos una fuente de berros, bien aderezados. Lignón la envolvió, así como á los berros, con una mirada de apasionada admiración; y se retiró con un saludo que, por sí solo, encerraba toda una petición en matrimonio. Cuando por fin salió, la señora de Breteuil pudo respirar á sus anchas.

—¡Dios mío!—se dijo un instante después, al tiempo que rompía la cáscara de un huevo pasado por agua.—¡Qué fogosos son en el Charento!

IX

—¿Quién conoce á Justino Lignón?—preguntaba la señora de Breteuil, dos horas más tarde, en el salón de Anglois, donde reposaba dulcemente de las fatigas de la mañana.

—¡Yo!—respondió Edmundo Reyer desde un rincón.

Este señor se pasaba el día en aquella casa, sin que al parecer chocase á nadie su asiduidad.

—¿Quién es?

—Un excelente muchacho: un poco extravagante, muy honrado, que vive de su trabajo; no es un sabio, pero sí ambicioso; mas su ambición es dulce y tranquila. Un corazón de oro y una frente limpia de toda mancha.

—Parecéis una agencia de información—dijo Rosina con su voz burlona.

—¡Así soy!—replicó sencillamente Reyer.—¿Quiere casarse Justino?

—¿Quién habla de eso?—contestó la de Breteuil abriendo desmesuradamente los ojos.

—No es difícil sospecharlo—repuso Edmundo sonriéndose.—Cuando se pide referencias sobre un joven es: ó para darle un destino, ó para una boda. El empleo que disfruta Lignón es tan bueno, que no le sería fácil encontrar otro igual. Por lo tanto, sólo queda la hipótesis del matrimonio; querrá casarse y os habrá encargado de pedir su novia.

La de Anglois dejó oír una especie de sonido, entre gruñido y cacareo: era su manera de reír; pero su rostro permaneció impasible.

—Sois demasiado perspicaz—dijo la de Breteuil, riendo á su vez, aunque en realidad lamentase el no haber desplegado más diplomacia.—Pues bien, sí; Reyer tiene razón, ese pastor busca una pastorcilla.

—Es uno de los que se casan—dijo enfáticamente la de Anglois—se le conoce en la cara.

Rosina sonreía y miraba alternativamente á los tres amigos, con una fisonomía tan amable y franca, que la protectora de Norina no pudo menos de hacérselo notar.

—Pues me entretiene—dijo la joven—Me gusta oír hablar á las gentes de talento; me encanta ver

feliz á todo el mundo; la vida se me antoja así más agradable...

Edmundo no chistaba, ni siquiera levantó la vista, de un libro que tenía entre manos; pero en su rostro se divisaba una expresión indefinida análoga á la de Rosina.

—Conque ¿qué os parece?—preguntaba la anciana.—¿Conviene animar los honrados deseos de ese muchacho?

—¿Con quién quiere casarse?—dijo la de Anglois con grave acento.

—Con Norina Guerbois—advirtió su amiga, algo confusa.

—Por lo visto, esa niña se va á casar con todo el mundo—observó, sin alterarse, la pesimista dama.

—¡Con tal de que se case una vez!—murmuró la de Breteuil.

—Claro. ¿De modo que quiere hacerla su esposa? ¡Pobre hombre!

—¿Por qué lo compadecéis?—dijo la señora.—¿No es amable Norina?

La de Anglois contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Bella?

Mismo movimiento.

—¿Modesta?

La de Anglois miró á su amiga.

—¿Bien educada?

Señal negativa de la oyente.

—¿Cómo? — exclamó la anciana levantando las manos hacia el cielo, en el colmo de la estupefacción,

—¿Ni modesta ni bien educada?

—Ni modesta ni bien educada —repitió la de Anglois con voz tranquila.

Edmundo Reyer se divertía prodigiosamente; Rosina estaba cortada sin saber por qué. Evidentemente hubiese preferido no oír discutir en su presencia, los méritos de la compañera que le había destinado la casualidad.

La señora Anglois levantó su dedo índice á la altura de su nariz.

—Naturaleza grosera,—dijo con lentitud,—disimulo inveterado, astucias, prendidas con alfileres por falta de costumbre. Aspiraciones ambiciosas, horror á una posición modesta; irá lejos, á menos que no muera joven, de lo cual no veo ningún indicio.

Y bajó su índice cruzándose de brazos.

La señora de Breteuil, trastornada dió dos pasos:

—Si no os conociera hace veinte años—dijo con emoción — creería que tenáis algún motivo para querer mal á esta niña que es la inocencia misma.

—Conforme,—dijo la señora Anglois, siempre con calma,—es la misma inocencia.

—En fin ¿qué tenéis contra ella? ¿podéis citar algún hecho?

—No,—dijo francamente la tía de Rosina.

—Pues bien, ¿entonces?

—Entonces, efectivamente, no hay nada de lo dicho. He aventurado un juicio temerario, que carece de fundamento. Dentro de un año, quizás antes, veremos cuál de las dos se ha engañado.

—¡No sé lo que me pasa! Qué opináis vos, Edmundo.

Reyer apartando la vista del libro, contestó:

—Un joven, sólo puede emitir, tratándose de una señorita, la opinión que sea más favorable á ésta.

Los ojos de Rosina brillaron con un rayo de mali-

cia, aunque sin intención perversa, y Reyer volvió á distraerse con su libro.

—¡Pues vaya un consuelo!—suspiró la anciana.

Rosina se acercó á ella y la cogió por la cintura aunque la buena señora no era muy esbelta.

—Sois la mejor alma del mundo—dijo acariciándola;—no os dejéis guiar por las malas lenguas.

—¡Las malas lenguas!—repitió la señora de Anglois arqueando un poco sus negras cejas.

—Querida tía, ¿no acabáis de confesar vos misma que carecéis de pruebas?

—Es verdad—dijo la tía volviendo á dejar las cejas en su primitivo estado.

Reyer no se movía.

—Si ese caballero y esa señorita se aman, que se casen y sean muy felices—dijo. —Esa es mi opinión.

—¡Oh! lo amaré;—observó filosóficamente la señora de Anglois—al menos le dirá que le ama, lo cual viene á ser lo mismo.

La señora de Breteuil, entristecida á pesar de la tierna gracia de Rosina, que parecía tener gran empeño en consolarla, entró en su casa para reflexionar con su marido, acerca de la inesperada visita de Lignón.

El señor Breteuil había salido con Norina.

A su esposa le pareció la casa desierta y sombría; de repente, con gran resolución se instaló en su escritorio y llenó unas once páginas destinadas á la señora de Guerbois, explicando la conversación sostenida con Lignón, el resultado de las referencias adquiridas, y exponiendo, al mismo tiempo, su propia opinión.

Pensaba la buena anciana que los Guerbois harían bien en casar á Norina; la niña era demasiado hermosa para no ser cortejada, su misma inocencia aumen-

taba el número de sus atractivos, y aunque joven todavía, como el partido que se le presentaba era muy aceptable, merecía ser detenidamente estudiada la proposición de Justino.

La de Breteuil ordenó á su doncella que echase la carta al correo y luego, viendo que no era aún la hora de comer, cogió una sombrilla y se dirigió hacia la playa.

No encontró en ella á quienes buscaba; después de haber mirado en el casino, se decidía á retroceder por donde había venido, cuando, al pie de un derrumbadero, y entre pedruscos, diseminados por la última tempestad, creyó ver un sombrero que conocía por haberlo comprado.

El camino no era del todo agradable para unos pies calzados con cabretilla; pero la señora de Breteuil, que distinguía la silueta de Norina sentada sobre un peñasco, temió no ser reconocida de lejos y, en consecuencia, se aproximó á ella.

La joven, que se hallaba de espaldas, parecía hablar con alguien que se ocultaba á la vista de su protectora.

Sin dejar de avanzar, ésta volvió la cabeza y divisó, hacia la izquierda, al señor Breteuil en gran conciliábulo con un patrón de barco.

—¿Con quién hablaba entonces Norina?

Absorta en el pensamiento de que pudiera dialogar con Lignón, aquel aventurero Lignón, que tal vez había aprovechado un descuido de la vigilancia para internarse en el corazón de la plaza, la digna mujer, que sentía pesar enormemente sobre sus hombros las funciones de aya, apretó el paso... El que conversaba con su protegida debía estar sentado delante de la niña, á juzgar por lo escondido que se hallaba.

Un pedrusco rodó bajo los pies de la señora, causándole un dolor agudo que, para no caer, la obligó á apoyarse con la sombrilla en los quijarros más á su alcance, los cuales, á su vez, rodaron con gran estrépito.

Norina, al oír ruido, volvió la cabeza; su compañero se levantó, quedando, imprudentemente, al descubierto, y se pudo reconocer en él á Muriet.

—¡Muriet, allí, solo con Norina, cuando la joven sabía que no pensaba casarse con ella!—murmuraba para sí la señora de Breteuil, sin querer dar crédito á lo que sus propios ojos presenciaban.

Tal fué, al convencerse, la desesperación de la buena mujer que, por miedo de decir algo desagradable, no se atrevió á acercarse á su protegida.

Hizo una señal, tan expresiva, que la joven no podía tener duda, y esperó.

—¿Queréis que vaya?—decía la inocente niña acentuando bien la pregunta con sus divinos ojos azules.

Su protectora tenía ganas de romper cualquier cosa, y su primer arrebato amenazaba á la sombrilla; pero ésta no tenía la culpa; aparte de que le servía de apoyo por aquel pedregoso sendero; mas si hubiera sabido la repetida operación de calzar y descalzar á Norina, en que se entretenía Muriet so pretexto de quitar la arena de los zapatitos de la niña, operación interrumpida por la imprevista presencia de la señora de Breteuil; si ésta lo hubiera sospechado, decimos, entonces, tal vez hubiera dado rienda suelta á su mal humor.

—¡Ven en seguida! —gritó en forma que no admitía réplica.

Algo confusa, y con muestras de gran extrañeza

obedeció la joven, y pronto se encontró al lado de su amiga.

Muriet seguía á corta distancia dispuesto á saludar á la señora.

Esta no reparó en él; ganó un terreno más seguro que el antes recorrido; suplicó á su marido, que se aproximaba en aquel momento, que las dejase solitas, y conduciendo á Norina, partió con ella por las calles menos animadas de la población nueva á fin de poder hablar á su gusto.

—Estabas con Muriet.—dijo—¡Eso es imperdonable!

Norina, con la cabeza humildemente inclinada, recordaba á la imagen de la resignación.

—¡Ya me lo figuraba yo! sí, estaba casi segura de que no os gustaría—dijo con angelical dulzura.

—Entonces ¿por qué lo has hecho, sabiendo que había de desagradarme?

—No he tenido yo la culpa, mi buena amiga. El señor Breteuil entabló conversación con aquel pescador; yo me fuí á recoger conchitas; y al salir de entre unas rocas, me encontré frente á Muriet, que venía de dar un gran paseo, aprovechando la marea baja.

Estaba muy fatigada y me senté á descansar; yo quería unirme á vuestro esposo; pero Muriet me aseguraba que el señor Breteuil no tardaría en venir; se hallaba junto á nosotros, con el pescador; luego se alejó sin que yo lo notase... tenía ganas de irme... porque, aunque vos no me habíais prohibido hablar con Muriet, comprendí que os enfadaríais al saber que lo había hecho.. Por otra parte, tampoco me he atrevido á separarme, pues si él me hubiese preguntado por qué me iba, yo no hubiera sabido que contestarle.

La dulce carita de la niña casi desaparecía bajo

Un pedrusco rodó bajó los pies de la señora, causándole un dolor agudo que, para no caer, la obligó á apoyarse con la sombrilla en los quijarros más á su alcance, los cuales, á su vez, rodaron con gran estrépito.

Norina, al oír ruido, volvió la cabeza; su compañero se levantó, quedando, imprudentemente, al descubierto, y se pudo reconocer en él á Muriel.

—¡Muriel, allí, solo con Norina, cuando la joven sabía que no pensaba casarse con ella!—murmuraba para sí la señora de Breteuil, sin querer dar crédito á lo que sus propios ojos presenciaban.

Tal fué, al convencerse, la desesperación de la buena mujer que, por miedo de decir algo desagradable, no se atrevió á acercarse á su protegida.

Hizo una señal, tan expresiva, que la joven no podía tener duda, y esperó.

—¿Queréis que vaya?—decía la inocente niña acentuando bien la pregunta con sus divinos ojos azules.

Su protectora tenía ganas de romper cualquier cosa, y su primer arrebato amenazaba á la sombrilla; pero ésta no tenía la culpa; aparte de que le servía de apoyo por aquel pedregoso sendero; mas si hubiera sabido la repetida operación de calzar y descalzar á Norina, en que se entretenía Muriel so pretexto de quitar la arena de los zapatitos de la niña, operación interrumpida por la imprevista presencia de la señora de Breteuil; si ésta lo hubiera sospechado, decimos, entonces, tal vez hubiera dado rienda suelta á su mal humor.

—¡Ven en seguida! —gritó en forma que no admitía réplica.

Algo confusa, y con muestras de gran extrañeza

obedeció la joven, y pronto se encontró al lado de su amiga.

Muriel seguía á corta distancia dispuesto á saludar á la señora.

Esta no reparó en él; ganó un terreno más seguro que el antes recorrido; suplicó á su marido, que se aproximaba en aquel momento, que las dejase solitas, y conduciendo á Norina, partió con ella por las calles menos animadas de la población nueva á fin de poder hablar á su gusto.

—Estabas con Muriel.—dijo—¡Eso es imperdonable!

Norina, con la cabeza humildemente inclinada, recordaba á la imagen de la resignación.

—¡Ya me lo figuraba yo! sí, estaba casi segura de que no os gustaría—dijo con angelical dulzura.

—Entonces ¿por qué lo has hecho, sabiendo que había de desagradarme?

—No he tenido yo la culpa, mi buena amiga. El señor Breteuil entabló conversación con aquel pescador; yo me fuí á recoger conchitas; y al salir de entre unas rocas, me encontré frente á Muriel, que venía de dar un gran paseo, aprovechando la marea baja.

Estaba muy fatigada y me senté á descansar; yo quería unirme á vuestro esposo; pero Muriel me aseguraba que el señor Breteuil no tardaría en venir; se hallaba junto á nosotros, con el pescador; luego se alejó sin que yo lo notase... tenía ganas de irme... porque, aunque vos no me habíais prohibido hablar con Muriel, comprendí que os enfadaríais al saber que lo había hecho.. Por otra parte, tampoco me he atrevido á separarme, pues si él me hubiese preguntado por qué me iba, yo no hubiera sabido que contestarle.

La dulce carita de la niña casi desaparecía bajo

las alas del sombrero. La señora de Breteuil, muy descontenta, no sabía cómo descargar su cólera: ¿qué iba á decir á una niña que revelaba tanto recato? En medio de todo, ¿hubiera la anciana, sin las explicaciones de la de Anglois, sospechado de la inocente conversación de aquellas jóvenes? La de Anglois era quien la había impulsado á desconfiar de Muriet y por ello acusaba á Norina. . pero, ¿y si se había equivocado en los dos casos? Con una rápida ojeada se enteró de que Muriet había dejado de seguirlas y respiró más libremente.

—Vamos á ver Norina,—dijo—¿no te había yo prevenido que ese hombre no se casaría contigo?

—Es verdad, mi buena amiga—respondió humildemente la ingenua.

—¿No te dije que convenía evitar su trato?

—Sí, señora, pero eso no es prohibirme que hablase con él. ¿Está acaso mal el hablar?

—Bien sabes que está mal, cuando acabas de confesarlo tú misma—repuso la de Breteuil, que ya iba perdiendo la calma.

—Creía, querida señora,—observó Norina, con una dulzura capaz de apaciguar á una fiera—que no tenía nada de particular, mientras hubiese alguien delante; pero luego imaginé que, en esta ocasión, me reñiríais porque no había nadie.

Esto era razonable. No había nada que oponer. Sin embargo, la buena anciana tuvo la crueldad de no darse por satisfecha.

—Debías haberte separado de él inmediatamente. Si alguien lo hubiese visto, reflexiona lo que se podría haber supuesto.

—¿Qué, señora?

—¡Que sosteníais relaciones amorosas!—exclamó

la anciana, á fuerza de paciencia—y, como él ha dicho á todo el mundo que no se quiere casar contigo, ya ves que aquello sólo podría perjudicarte.

Norina rompió á llorar, y como se aproximaban ya á las calles concurridas, la situación empezaba á agravarse.

—Si tu madre supiera lo que yo acabo de ver, te llamaría á escape.

—¡Oh! ¡por Dios!—suspiró Norina, deteniendo repentinamente sus pasos—no digáis nada á mamá; ¡es tan severa! Me haríais desgraciada para el resto de mi vida ¡ella no me perdonaría nunca! ¡Os lo suplico, querida amiga, si me queréis, no digáis una palabra!

La escena tomaba aspecto patético: varios transeuntes habían notado ya la expresión suplicante de aquellos hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¡Está bien! No se lo escribiré á tu madre.

—¿De veras?—insistió la ingenua niña.

—Te lo prometo, pero no vuelvas á hacerlo; es más grave de lo que tú imaginas; podría impedir tu casamiento, y no hay nada tan difícil como encontrar luego otro.

Justino Lignón, que llevaba dos horas acechando el regreso de los bañistas, saludó á las dos damas procurando ser visto por ellas.

La señora de Breteuil contestó con una amistosa inclinación de cabeza, y Norina, con un saludo tan desvuelto y al mismo tiempo tan decoroso que la anciana se quedó admirada. Aun no había vuelto de su asombro, cuando pasó junto á ellas un carruaje de cuyo fondo se veía á la señora de Anglois con Rosina y, frente á ellas, á Edmundo, que miraba distraído á los transeuntes.

Cuando vió á las dos mujeres, mandó parar; se apeó y ofreció su asiento.

La señora de Breteuil aceptó, y las dos jóvenes se acomodaron juntas en el lugar que había abandonado Reyer.

Este permanecía inmóvil al lado de las ruedas en el momento en que el coche se puso en marcha. Rosina notó en la mirada de su amiguita una ternura exagerada, que la sorprendió. Siguió la dirección de esa mirada y vió que iba dedicada á Edmundo.

Permaneció abatida por un punzante dolor que sintió en su corazón.

Mientras Norina elevaba en Reyer sus ojos apasionados y tiernos, el joven, que no lo había advertido, hizo una señal de adiós dirigida á todos, y una agradable sonrisa que sólo era para Rosina.

Esta recobró en seguida su calma, turbada únicamente por el recuerdo del padecimiento intenso que acababa de sentir. Lignón, testigo de esta escena, no había cesado de contemplar amorosamente á su ídolo, con gran regocijo de un marinero sentado en frente de él; pero Justino, que no reparaba en pequeñeces, siguió con la vista al vehículo, hasta que desapareció éste, envuelta en una nube de polvo.

X

Al enterarse la madre de Norina de cuanto la señora de Breteuil manifestaba en su carta, dió tal brinco, que su hijo mayor se permitió preguntarle la causa, recibiendo un bofetón tan tremendo que tuvo que salir al jardín para meditar sobre las consecuencias de su impertinente curiosidad. La de Guerbois, elevada

hacia un instante á la importante categoría de una madre de familia á quien se solicita una hija en matrimonio, varió tanto en su modo de ser, que no parecía la misma señora del día anterior.

Norina, pedida por un joven de buena sociedad, ocuparía una posición magnífica... valía la pena de reflexionar. Puede existir la certidumbre de haber dado á una hija una educación superior á su clase; la convicción de que la niña abunda en méritos; de que posee virtudes y goza de encantos y belleza; pero nunca se tiene la seguridad de llegar á desprenderse de ella, para concederla á un yerno conveniente.

¡Ah! Si las costumbres permitieran que se agarrase por la solapa al primero que pasa por la calle, para decirle: «Señor mío, me convenís perfectamente; sois el yerno de mis sueños; vuestra fortuna, vuestra conducta, vuestra posición y vuestra elegancia están de acuerdo con mis ideas; tomaos la molestia de entrar; vais á casaros con mi hija...» ¡cuán dichosas serían las madres de familia! Se las vería recorrer triunfantes las tiendas para encargar lujosos equipos, arreglados á la última moda.

Desgraciadamente, la sociedad actual ha otorgado esta preponderancia á los hombres. Ellos son los que dicen: «Señora, la fortuna, las relaciones, las esperanzas y el color de los cabellos de vuestra señora hija me convienen por completo. Dignaos concedérmela para casarme con ella, yo os prometo hacerla completamente dichosa, por lo menos durante seis meses».

Norina había encontrado en su camino uno de esos jóvenes valientes, uno de esos hombres heroicos que afrontan la futura suegra y la ceremonia indispensable, que quieren someterse á llamar cuñado ó cuñada,